

Último reportaje a Adolfo Costa du Rels

Por Raúl Rivadeneira Prada

Adolfo Costa du Rels es el más importante dramaturgo boliviano. Dramaturgo, pero también novelista y poeta. Su narrativa deja la sensación de que el autor ha estado pensando en la estructura de una pieza teatral a tiempo de escribir cualquiera de sus grandes obras, ya sea *Laguna H.3.*, “La Miskki-Simi” o *Los Andes no creen en Dios*. Tomo estos tres modelos porque los temas que en ellos aborda son diferentes y representan ángulos a través de los cuales puede descubrirse, por lo menos en parte, el carácter boliviano, el drama de la guerra del Chaco, la psicología de la “chola” y el mágico mundo del altiplano, respectivamente. Estas novelas, escritas con elegancia y a la vez con crudeza, parecen hechas para teatro o, mejor dicho, al leerlas, aparecen nítidos los escenarios con sus colores, sonidos y temperatura ambiente, cada una de ellas rica en diálogo, que es la forma característica del arte dramático.

Escritores como Costa du Rels suelen ser inaccesibles, ya porque no disponen de tiempo para entrevistas, ya porque están hartos de ellas o porque es inherente a la fama esa barrera que fomenta en los demás algo de misterio y les despierta mayor expectativa. Don Adolfo es diferente. A pesar de su delicada salud, de los achaques e incomodidades que llevan consigo sus 88 años, está siempre llano a conversar “de lo que se ofrezca”, según sus propias palabras.

Un abuelo simpático, Costa du Rels inspira, de entrada, confianza y respeto.

Lo visité una tarde, en su departamento en el 15 piso del Edificio Arce. Allí estaba también el escritor boliviano residente en los Estados Unidos, Mario T. Soria. En esa oportunidad, hablamos de los proyectos de don Adolfo. Nos dijo que está escribiendo la biografía de Simón I. Patiño, el “Barón del Estaño” de quien sabemos y cuya imagen, nada agradable, nos hemos formado a través de *Metal del Diablo*, de Augusto Céspedes.

Nos citamos para el sábado siguiente por la mañana. Don Adolfo me esperaba en su escritorio, en mangas de camisa. Escribía una carta. Suspendió su tarea y empezó a hablar como si lo hubiera estado haciendo con un viejo amigo, lo cual hizo posible una charla fluida.

Al comienzo, me cuenta algo de su infancia. Quedó huérfano de padre a los 9 años. Tres años antes había fallecido su madre. Señala, no sin nostalgia, el sitio exacto de su nacimiento: un viejo caserón en la calle Audiencia, junto a la Rumicruz (cruz de piedra); en Sucre, el 19 de julio de 1891. Se educó en Córcega, la tierra natal de Napoleón Bonaparte, en el liceo Ajaccio, que había sido obsequiado a la ciudad por el cardenal Fesch, hermano de la madre de Napoleón I.

[Entrevista]

¿Cuál fue su primera impresión al llegar a Córcega?

— ¡Ah! Es un país muy hermoso. Al llegar al puerto recibía a los visitantes el mismísimo Napoleón, a caballo, vestido de emperador romano. Creo que no se ha perdido esa costumbre.

A los 16 años se fue a París a vivir con la familia del príncipe de la Glorieta (Argandoña) y allí comenzó la carrera de dramaturgo:

— Un amigo me dijo: “He estado en la Comedia Francesa. Hay allí un gran negocio, pagan 8 francos por noche a la “claque”. Yo tengo amigos entre los porteros...

¿Tenía usted, entonces, don Adolfo, algún presentimiento de que llegaría a ser un destacado autor de teatro?

— No, ningún presentimiento. A mis doce años me interesé por la poesía y, después, por algunos relatos. Pero no había incursionado en el teatro. Mi llegada a él fue cosa del destino. De la “claque”, pasé a las tablas, cuando, una tarde que fui a aplaudir por los 8 francos de recompensa, me dijo el director que necesitaban muchachos delgaditos —yo lo era— para actuar en papeles mudos. Había que hacer de guardia del palacio de Edipo. Se representaba a *Edipo Rey*, de Sófocles. Así, me vi ataviado de un casco de cartón color oro, una camiseta larga y blanca y sandalias. Esa primera vez, por la tensión de los músculos, quedé sin resuello, pues tuve que soportar el peso del primer actor, Mounet Sully, que llegó jadeando (se había reventado los [...] cuñado del príncipe de la Glorieta. Me reconoce y va con el chisme: “Este chico se va a perder en París ¡Ya estás en teatro!” El príncipe era muy bueno, pero débil de carácter. Me embarcó hacia Bolivia. “Como tu abuelo ha sido dueño de Huanchaca junto con Aniceto Arce, vete allá”, me dijo. Y me fui, o me vine, mejor dicho.

Usted no permaneció mucho tiempo en ese centro minero. ¿Qué le hizo renunciar a su trabajo?

— Era malo para la contabilidad, pese a que ganaba un sueldo de 120 bolivianos. Me despidieron. Estuve en Pulacayo y después en Uyuni. Allí escribí “La Miskki-Simi”.

Hace poco reveló que “La Miskki-Simi fue un personaje real. ¿Puede añadir algo más a lo que ya se sabe al respecto?

La Miskki-Simi existió realmente. Se llamaba Claudina Cloza. Tenía una tienda en la que vendía aloja y cigarrillos. Una chola linda y muy cotizada. Cuando llegué a ser canciller de la República, volví a Uyuni. Habían pasado más de veinte años. Dije a mi comitiva que deseaba visitar la tienda de “la Claudina”. Llegué hasta la puerta y toqué. Cuando ella apareció en el umbral, le dije: “Claudina, ¿me reconoces?”

— ¡Costita! ¡Costita! ¿Para qué, pues, te has metido a la política? Te va a ir mal. En política solo los ladrones ganan plata— me dijo, mientras el subprefecto que me acompañaba hacía lo posible por disimular su rubor.

— La próxima vez, ya no vengas como ministro— añadió la Miskki-Simi.

Don Adolfo relata con mucho entusiasmo ese encuentro con la “Chola linda” que le inspirara el cuento socio costumbrista más notable de nuestra literatura y que, a su vez, encontró una excelente emulación en *La Chaskañawi* de Medinaceli. Pero pronto pasa a narrar su permanencia en Buenos Aires como embajador de Bolivia, bajo el gobierno de Peñaranda. Dice que allí conoció al Dr. Víctor Paz Estenssoro quien —según Costa du Rels— había llegado a la capital argentina en busca de ayuda para el golpe de estado contra el Gral. Enrique Peñaranda.

La hija del escritor ha estado escuchando esta última parte de la charla. Avanza apresuradamente hasta el centro de la habitación y dice en voz alta:

— Je te demande que non[,] parlez-paz [sic] sur la politique.

Don Adolfo le responde, también en francés, que se trata de anécdotas muy lejanas. Ella insiste, esta vez con más energía, y logra su propósito. No se habla más de nada que tenga que ver con la política.

Volvemos al tema del teatro.

Don Adolfo, antes de *Los Estandartes del Rey*, usted escribió una pieza titulada *Hacia el atardecer*. Hábleme un poco de las motivaciones que tuvo para escribirlas.

— Me ayudaron muchísimo mis conocimientos de latín y griego. Estudié en esas lenguas las obras del teatro clásico. *Hacia el atardecer* es una pieza primeriza, escrita en Chile, cuando yo desempeñaba funciones diplomáticas como secretario del ministro plenipotenciario, Claudio Pinilla. Hubo un concurso auspiciado por el Club de Señoras del año 1918. Tardé un mes en desarrollar el tema y unas dos semanas en escribir el libro. Lo presenté a concurso y obtuve el primer premio que consistía en 8000 dólares, una fortuna, por entonces. El acierto de la obra fue su contenido: un drama de mujeres maduras. Esa obra me dio la satisfacción del premio, pero también me mostró la mezquindad del nacionalismo de los chilenos. La pieza iba a ser representada por María Guerrero y estrenada en Santiago. Me llamó la actriz y me dijo: “mira, chico, sácame de un apuro. Todas esas cartas que ves ahí sobre la mesa, me dicen que si represento *Hacia el atardecer* habrá más huevos podridos que palabras en escena”. Las cartas decían más o menos esto: “No podemos permitir que un diplomático boliviano en Santiago, que debe ser de origen indio, pudiera haberles ganado en el concurso de teatro a los escritores chilenos”.

Respecto a *Los Estandartes del Rey*, un sobrino mío me contó, en París, el drama de los sacerdotes obreros. Ese de donde salió la pieza teatral.

— Tengo entendido que esta obra estuvo varios meses en cartelera, en el Teatro Nacional de París.

— Cierto. Se la representó durante casi un año.

— ¿Advirtió usted algunas influencias dignas de mención de parte de otros escritores?

— Naturalmente. Nadie escapa a las influencias de la cultura adquirida. Fuera de los clásicos, influyeron en mí Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Enrique Bernstein, Corneille y Racine.

— Francia, como Alemania, tiene abundante producción teatral de primer orden. ¿A qué atribuye usted esa supervivencia del arte escénico, a pesar del cine, la televisión y otros espectáculos modernos?

— Una vez estuve en Buckingham, donde conocí al rey Jorge VI, padre de la reina Isabel. Viajé con Carlos Víctor Aramayo. En ese palacio, supe que la vajilla de un rey muerto no la usa nadie destinado exclusivamente a ese fin. Tienen una tradición de cuatro siglos guardando vajillas de oro de los reyes. Le pregunté a una duquesa la razón de esa costumbre. Ella me contestó: “Es la obra de 20 generaciones de comerciantes ingleses”. Eso de tener 20 generaciones de mercaderes es un orgullo inglés. Los franceses han hecho 20 generaciones de escritores, lo mismo que los alemanes y españoles. Creo que esto responde a su pregunta, ¿no es verdad? [”]

— ¿Qué puede decirme de Louis Jouvet?

— ¿El actor?

— Sí, también ha publicado una obra que titula *El teatro francés en el siglo XX*

— Lo conocí mucho. No sabía que hubiera escrito esa obra. Luis Jouvet era muy amigo mío. A él le mostré mis primeras obras teatrales y recibí sugerencias para introducir algunos cambios que mejoraran las obras desde el punto de vista de la técnica teatral. Fue Jouvet quien después de leer mis obras me dijo: “usted es un dotado”.

— En la plática que tuvimos hace algunos días con Mario T. Soria, usted afirmó que ahora está más interesado en la novela.

— Por el momento, sí. Estoy terminando una que se llama *Arnalita*, transcurre en Viña del Mar, Valparaíso y los Estados Unidos. El tema podrá parecerle trivial. Es un problema conyugal: divorcio, disputa por la tenencia de un niño y desenlace trágico.

— Después de escribir el poemario *Amaritudine* en 1949, no volvió a hacer poesía. ¿Por qué?

— Se hace poesía cuando las condiciones internas lo permiten y la voz del alma dicta los versos. *Amaritudine* fue el canto de mi dolor por la muerte de mi hijo. No volví a sentir otra pena más grande que me impulsara a hacer poesía. A propósito, ¿lee usted francés?

— Con la ayuda de un buen diccionario, creo que sí.

Don Adolfo toma de su estante de libros un ejemplar de la edición única y limitada de 500 ejemplares de *Amaritudine* y pone en ella una amable dedicatoria.

Son ya casi pasadas las 13 horas del sábado. El escritor bilingüe, el dramaturgo más importante de Bolivia y uno de los más prestigiados en el mundo; ex director de UNESCO, ex embajador de Bolivia en varios países; Adolfo Costa du Rels, el escritor boliviano que podía postular —ya se lo ha mencionado algunas veces— al Premio Nobel de Literatura en igualdad de condiciones con otros autores del mundo—, me ha enseñado que la sabiduría es compañera inseparable de la humildad.